

MÁXIMAS Y REFLEXIONES

JOHANN WOLFGANG VON
GOETHE

MÁXIMAS
Y REFLEXIONES

EDICIÓN DE JUAN JOSÉ DEL SOLAR



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Maximen und Reflexionen*

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: febrero 2021

© de la traducción, introducción y notas: Juan José del Solar, 1993

© de la presente edición: Edhasa, 1993, 2021

Diputación, 262, 2^ª1^ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-9169-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 22089-2020

Impreso en España

ÍNDICE

Introducción.	9
De <i>Las afinidades electivas</i>	19
De <i>Arte y Antigüedad</i>	29
De los <i>Cuadernos de morfología</i>	111
De los <i>Cuadernos de ciencias naturales</i>	121
De <i>Los años de peregrinaje de Guillermo Meister</i> . .	131
Del legado póstumo	211
Selección del legado póstumo	323
Máximas y reflexiones no incluidas en la edición de Hecker	327
I. De la <i>Teoría de los colores</i>	339

Selección de <i>Sobre arte y antigüedad</i>	339
Notas	347
Cronología	385
Bibliografía	393
Índice onomástico y temático	397

INTRODUCCIÓN

Recorrer con atención la obra creativa y autobiográfica de Goethe, pero ante todo sus más de quince mil cartas y los numerosos testimonios de contemporáneos sobre una de sus facetas más enjundiosas junto con la de epistológrafo, la de cultor del casi extinguido arte de la conversación, bien podría brindar al lector perspicaz la posibilidad de espigar no una, sino varias antologías de máximas y reflexiones de características similares a la que desde principios de este siglo se conoce como tal.

Curioso resulta observar, de hecho, que ya el mismo año (1907) en que vio la luz en Weimar la primera edición canónica de las *Máximas y reflexiones*, preparada por el germanista Max Hecker —en la cual se basa la presente versión castellana—, aparecieron en Berlín dos tomos de contenido muy distinto bajo el título de *Pensamientos*, de Goethe (*Goethes Gedanken*), compilados por otro estudioso de su obra, Wilhelm Bode, a partir de «declaraciones orales» del escritor, ordenadas temáticamente y con notas.¹

1. *Bode, Wilhelm*: *Goethes Gedanken*, aus seinen mündlichen Äusserungen in sachlicher Ordnung und mit Erläuterungen zusam-

La fortuna de las *Máximas y reflexiones* frente a cualquier otra antología, hecha o por hacer, tiene, sin embargo, un fundamento histórico definitivo: fueron ya en gran parte ordenadas y publicadas, aunque no en forma de libro, por el propio Goethe.

Se trata, en esencia, de una obra de la madurez y la vejez de su autor —el corpus principal se escalona a lo largo de los tres últimos decenios de su vida (1800-1830), aunque algunos de los textos más antiguos se remontan a la época de los viajes italianos, es decir, a los años ochenta del siglo XVIII—, y su marco referencial interno se halla delimitado por las dos grandes creaciones novelescas de aquel período: *Las afinidades electivas* (1809) y *Los años de peregrinaje de Guillermo Meister* (1829), en las que además se inscriben alrededor de cuatrocientas máximas.

La primera serie [1-57] proviene, en efecto, de *Las afinidades electivas* e incluye los grupos tres y cuatro (parte II, caps. IV y V) del total de seis que Goethe hace anotar a su heroína Otilia en un «diario» intercalado entre distintos capítulos de la novela. Con la inclusión de estos dos grupos —la omisión de los otros cuatro ha dado origen a más de una controversia sobre la legitimidad de la elección— se inició ya en las primeras ediciones póstumas del siglo XIX (1833 y 1840) el «montaje» de lo que andando el tiempo llegaría a ser la edición definitiva de Hecker.

mengestellt von Dr. Bode, W. (2 vols.), *Emst Siegfried Mittler und Sohn*, Berlín, 1907.

La presencia en el libro de las dos extensas series [441-616] y [617-798], extraídas de *Los años de peregrinaje*, obedece, en cambio, a razones algo más complicadas y, al parecer, un tanto fortuitas. Si hemos de dar crédito a una declaración que Johann Peter Eckermann, el secretario de Goethe en los dos últimos lustros de su vida, anota en sus *Conversaciones* con fecha 15 de mayo de 1831, el propio escritor le habría pedido, a raíz de la aparición de su novela en la llamada «edición de última mano» (*Ausgabe letzter Hand*, 40 tomos publicados entre 1827 y 1830), que seleccionara unos cuantos aforismos de dos legajos inéditos con el fin de completar, a pedido de su editor, dos de los tomitos excesivamente delgados en los que debían hallar cabida las partes II y III de la novela. Así surgieron las dos secciones que van incluidas en ella, la segunda de las cuales está vinculada al personaje de Macaria, aquella extraña encamación del mundo sideral dotada de poderes visionarios.

Entre las otras series, más bien breves, de máximas aún publicadas por Goethe, las que ocupan los números [58] a [390] fueron apareciendo en la revista *Sobre Arte y Antigüedad*, editada y redactada casi en su totalidad por el escritor desde 1816 hasta su muerte, y agrupada en seis tomos de tres cuadernos cada uno, el último de los cuales apareció ya a título póstumo. Finalmente, los *Cuadernos de morfología y ciencias naturales* son las publicaciones que acogieron los textos que van de [391] a [440], cerrando el ciclo de lo editado en vida. El resto, algo más de seiscientas máximas [799-1413], forma parte del lega-

do póstumo y empezó a ser publicado por los albaceas literarios del escritor, Eckermann y Riemer, bajo el título de *Sentencias en prosa (Sprüche in Prosa)*. Fugazmente anotado a veces en trozos de papel de envolver, sobres de cartas, entradas de teatro, facturas domésticas, etc., este material sólo halló su clasificación definitiva en la edición de Hecker, quien lo redistribuyó siguiendo, en la medida de lo posible, las indicaciones que el propio Goethe diera a Eckermann durante aquella conversación de mayo de 1831.

Lo que también cambió Hecker, y muy acertadamente, fue el título, guardando una vez más fidelidad al autor, que ya en un manuscrito de 1822 había agrupado una serie de sentencias bajo la denominación colectiva de «Máximas y reflexiones».

Pues lo cierto es que no en muchos casos podría dársele el calificativo de aforismos a unos textos que son más bien fragmentos de prosa reflexiva carentes de la concisión, autonomía y agudeza (*pointe*) definitivas del género, tal como se prodiga, por ejemplo, en la gran tradición francesa de los siglos XVII y XVIII.

Tras la pluralidad —goetheanamente ecuménica— de los temas y motivos abordados, no resulta difícil advertir la recurrencia, a lo largo de toda la obra, de algunas de las polaridades más emblemáticas del universo espiritual de su autor. Tres de ellas destacan particularmente por la frecuencia de su aparición: «Dios-naturaleza», en la que se acerca, sin llegar a identificarse del todo, a un panteísmo de signo spinozista; «acción-reflexión», binomio éste que la tradi-

ción crítica suele designar también como lo «prometeico-epimeteico» (el lado activo-productivo y el lado especulativo) de la personalidad de Goethe, y, por último, «verdad-error», conceptos habitualmente referidos por el escritor a controversias de orden científico y, muy en particular, a su polémica contra la óptica de Newton.

Mucho se ha insistido sobre el carácter sapiencial, oracular, simbólico y testamentario del libro. El comentario de Goethe, recogido por Riemer,¹ de que al final de su vida el Tiziano pintaba el terciopelo ya sólo simbólicamente, podría también aplicarse al anciano autor de las *Máximas y reflexiones*, de *Los años de peregrinaje*, cuyos protagonistas son verdaderos arquetipos, y, sobre todo, del *Fausto II*, al pensador que intenta aproximarse a ese «Uno» que se revela en lo múltiple, a las leyes eternas que subyacen al mundo fenoménico, donde cada caso particular no es sino la manifestación simbólica de lo universal, a esos «secretos de los senderos de la vida» que no pueden ni deben revelarse, según apunta la reflexión liminar [617] del «Archivo de Macarí».

En este último se incluyen, además, tres largas series de máximas extraídas de un tratado hipocrático, de la *Enéada V*, de Plotino, y de un libro de aforismos inglés del siglo XVIII, erróneamente atribuido a Lawrence Sterne. A través de ellas, así como de las numerosas citas de origen ya identificado o aún por descubrir que jalonan

1. Riemer, Friedrich Wilhelm: *Mitteilungen über Goethe*, 1814, 4 de abril. Insel Verlag, Leipzig, 1921, pág. 350.

el libro, despliega Goethe un constante diálogo con la tradición occidental desde sus mismos orígenes, esa tradición de la que su obra acabará proponiéndose como la última gran «summa».

Él mismo anuncia la recuperación de todo ese material ajeno en los subtítulos que presiden algunos cuadernos de *Sobre Arte y Antigüedad*: «Cosas propias y apropiadas» (*Eigenes und Angeeignetes*). Y esta presencia de lo apropiado entre lo propio viene a corroborar su radical postura crítica contra todo afán desmedido de originalidad —«lo que haya de original en nosotros será mejor conservado y elogiado si no perdemos de vista a nuestros predecesores», dice en 1761—, pues lo original, para él, sólo puede medrar y florecer plenamente sobre el terreno firme de la tradición: «aprehende, pues, lo verdadero antiguo» («*das alte Wahre, fass es an!*»), recomienda un verso de *Legado*,¹ una de las composiciones poéticas más representativas de sus últimos años.

En distintos pasajes de su obra crítica y ensayística, así como en su vasta producción epistolar, puso Goethe de manifiesto su vivo interés por la traducción literaria y sus problemas y posibilidades. La máxima [299] define a los traductores como «solicitos proxenetas que nos elogian a una beldad semivelada afirmando que es de todo punto entrañable: así despiertan una irresistible atracción por el original». Si tras sortear las mil y una asechanzas

1. Goethe, Johann Wolfgang; *Obras completas*, trad. de Rafael Cansinos Assens, tomo I, Aguilar, Madrid, 1963, pág. 1053.

que la ambigüedad, la polisemia y el decalaje semántico impuesto por casi dos siglos hacen pesar sobre algunas de las máximas, si tras asomarnos al abismo de lo intraducible que se abre a ratos ante la «beldad semivelada» conseguimos reavivar la atracción de los lectores no sólo por el original, sino por el conjunto de una obra tan incondicionalmente venerada como escasamente leída —destino habitual de algunos clásicos—, el temerario proxenetismo se habrá visto compensado con creces, sin duda alguna.

JUAN JOSÉ DEL SOLAR

DE LAS AFINIDADES ELECTIVAS

1809

(Del diario de Otilia)

[1] Miramos tan a gusto hacia el futuro porque secretamente desearíamos orientar en favor nuestro todo lo impreciso que en él se agita de un lado para otro.

[2] No nos resulta fácil estar en una reunión muy concurrida sin pensar que el azar, que junta a tanta gente, debería convocar también allí a nuestros amigos.

[3] Por muy retirados que vivamos, antes de darnos cuenta ya somos deudores o acreedores.

[4] Si nos topamos con alguien que nos debe gratitud, enseguida lo recordamos. ¡Cuán a menudo, en cambio, podemos encontrar con alguien a quien nosotros se la debemos y ni pensamos en ello!

[5] Comunicarse es naturaleza; recibir lo comunicado tal como nos lo dan es cultura.

[6] Nadie hablaría mucho en sociedad si advirtiera con qué frecuencia entiende mal a los demás.

[7] Si tergiversamos tanto las palabras ajenas al repetir las es sólo porque no las hemos entendido.

[8] Quien habla mucho rato solo ante otros sin halagar a sus oyentes se hace antipático.

[9]* Toda palabra pronunciada suscita su contrario.

[10] Contradicción y adulación hacen, ambas, una mala conversación.

[11] Las reuniones más agradables son aquellas en las que predomina un respeto cordial entre los contertulios.

[12] Nada revela tan a las claras el carácter de los hombres como aquello que encuentran ridículo.

[13] Lo ridículo surge de un contraste moral cuyos términos son relacionados de manera inocua para nuestros sentidos.

[14] El hombre dado a lo sensible se ríe a menudo cuando no hay de qué reírse. Su bienestar interior sale a relucir sea cual sea el móvil que lo estimule.

[15]* El hombre inteligente encuentra ridículo casi todo; el hombre racional, casi nada.

[16]* A un hombre entrado en años le reprocharon que aún siguiera cortejando a mujeres jóvenes. «Es la única forma de rejuvenecer —respondió—; y eso es algo que todos desean».

[17] Uno se deja echar en cara sus defectos y está dispuesto a que lo castiguen y a sufrir pacientemente por ellos; pero se impacienta cuando tiene que abandonarlos.

[18] Ciertos defectos son necesarios para la existencia del individuo. Nos resultaría desagradable que nuestros viejos amigos abandonasen algunas de sus peculiaridades.

[19] La gente dice: «Se va a morir pronto» cuando alguien hace algo que va contra su manera de ser.

[20] ¿Qué defectos debemos conservar e incluso cultivar en nosotros? Aquellos que halagan a los demás en vez de ofenderlos.

[21] Las pasiones son defectos o virtudes, sólo que potenciadas.

[22]* Nuestras pasiones son verdaderas aves fénix. No bien se quema la antigua, la nueva surge inmediatamente de las cenizas.

[23]* Las grandes pasiones son enfermedades sin remedio. Lo que podría curarlas las vuelve aún más peligrosas.

[24] La pasión se intensifica o se atenúa al confesarse. En nada sería tan deseable el justo medio como en la confianza y la reserva para con aquellos que amamos.

[25]* En el mundo se toma a cada cual por lo que pretende ser, pero ha de pretender ser algo. Se prefiere soportar a los incómodos que tolerar a los insignificantes.

[26] A la sociedad se le puede imponer todo, excepto lo que tenga alguna consecuencia.

[27] No conocemos a los hombres cuando vienen a nosotros; tenemos que ir hacia ellos para enterarnos de cómo son realmente.

[28] Encuentro casi natural que tengamos cosas que criticar en quienes nos visitan, y que en cuanto se marchen emitamos sobre ellos juicios no precisamente afectuosos; pues tenemos, como quien dice, cierto derecho a medirlos con nuestro propio rasero. Ni siquiera las personas inteligentes y justas se abstienen de prodigar, en tales casos, una rigurosa censura.

[29] En cambio, cuando hemos estado en casa de otros y los hemos visto en su propio ambiente, con sus

hábitos y condiciones de vida necesarios e ineludibles, incidiendo sobre ellos, o bien adaptándose del todo, haría falta cierta dosis de insensatez y mala voluntad para encontrar ridículo lo que en más de un sentido debiera parecerse estimable.

[30] Mediante lo que llamamos urbanidad y buenas costumbres se ha de conseguir aquello que, de otro modo, sólo podría alcanzarse por la fuerza, y a veces ni siquiera por ella.

[31] El trato con las mujeres es un elemento esencial de las buenas costumbres.

[32] ¿Cómo puede el carácter, la individualidad del hombre, ser compatible con la buena crianza?

[33] Lo individual debería ser resaltado precisamente por la buena crianza. Todo el mundo desea lo significativo, siempre que no sea incómodo.

[34] Las mayores ventajas tanto en la vida como en la sociedad las tiene el militar culto.

[35] Los militares rudos al menos no se salen de su papel, y como tras la fuerza suele ocultarse cierta bondad, en caso de necesidad también puede uno entenderse con ellos.

[36] No hay nadie más molesto que un individuo lerdo de la clase civil. A él podría exigírsele finura, ya que no ha de tratar con ningún tipo de rudeza.

[37] La familiaridad en lugar del respeto es siempre algo ridículo. Nadie se quitaría el sombrero inmediatamente después de hacer una reverencia si supiera lo cómico que eso resulta.

[38] No hay ningún signo exterior de cortesía que no tenga un profundo fundamento moral. Una buena educación sería aquella que nos transmitiese a la vez dicho signo y su fundamento.

[39]★ La conducta es un espejo en el que cada cual muestra su imagen.

[40] Hay una cortesía del corazón que está emparentada con el amor. De ella surge la cortesía, mucho más natural, de la conducta exterior.

[41] La dependencia voluntaria es el más bello de los estados, y ¡cómo sería posible sin amor!

[42] Nunca estamos más alejados de nuestros deseos que cuando nos imaginamos poseer lo deseado.

[43] Nadie es más esclavo que el que se considera libre sin serlo.

[44]* Basta con que alguien se declare libre para que al punto se sienta condicionado. Pero si se atreve a admitir sus condicionamientos, se sentirá libre.

[45]* Frente a los grandes méritos de otro no hay más medio de salvación que el amor.

[46]* Un gran hombre del que los necios se enorgullecen es algo terrible.

[47]* Dicen que no hay héroe para su ayuda de cámara. Pero esto sólo se debe a que el héroe no puede ser reconocido sino por otro héroe. Es, sin embargo, probable que el ayuda de cámara sepa apreciar a sus iguales.

[48] No hay mayor consuelo para la mediocridad que saber que el genio no es inmortal.

[49]* Los más grandes hombres están siempre ligados a su siglo por alguna flaqueza.

[50] Se suele tener a los hombres por más peligrosos de lo que son.

[51] Los locos y los sabios son igualmente inofensivos. Sólo los semilocos y los semisabios son peligrosísimos.

[52] No hay medio más seguro para eludir al mundo que el arte, ni medio más seguro que el arte para unirse a él.

[53] Aun en los momentos de dicha suprema y de mayor apuro tenemos necesidad del artista.

[54]★ El arte se ocupa de lo difícil y lo bueno.

[55] Ver lo difícil tratado con facilidad nos da una idea de lo imposible.

[56] Las dificultades aumentan cuanto más nos acercamos a la meta.

[57] Sembrar no es tan dificultoso como cosechar.

DE ARTE Y ANTIGÜEDAD

Primer tomo – Tercer cuaderno

1818

(Ingenuidad y humor)

[58] El arte es un asunto serio, que alcanza sus cotas máximas de seriedad cuando se ocupa de temas nobles y sagrados. Sin embargo, el artista se halla por encima del arte y del tema; por encima de aquél porque lo utiliza para sus fines, y de éste, porque lo trata a su manera.

[59] Las artes plásticas están supeditadas a lo visible, a la manifestación exterior de lo natural. Llamamos ingenuo a lo puramente natural, en la medida en que es moralmente agradable. Los objetos ingenuos constituyen, pues, los dominios del arte, que debe ser una expresión ética de lo natural. Los objetos que apuntan en ambas direcciones son los más fructíferos.

[60] Lo ingenuo, en cuanto es natural, está hermanado con lo real. Llamamos vulgar a lo real sin referente moral.

[61] El arte es noble en y por sí; por eso el artista no teme lo vulgar. Pues ya por el simple hecho de aceptarlo,

lo ennoblece, y vemos así a los más grandes artistas ejercer con audacia sus derechos mayestáticos.

[62] En todo artista late un germen de osadía sin el cual no resulta concebible talento alguno y que se activa de modo particular cuando se intenta limitar al hombre talentoso y contratarlo y utilizarlo para fines excesivamente simplistas.

[63]* Rafael es también a este respecto el más puro entre los artistas modernos. Es absolutamente ingenuo; en él lo real no entra en conflicto con lo moral ni con lo sagrado. El tapiz donde se representa la adoración de los Reyes Magos, una composición espléndida, nos revela todo un mundo, desde el más anciano de los monarcas orantes hasta los moros y los simios que, trepados en sus camellos, se regodean con las manzanas. También aquí san José aparece caracterizado con absoluta ingenuidad como el padre putativo que se alegra de los regalos recibidos.

[64]* San José se sitúa, en general, en el punto de mira de los artistas. Los bizantinos, de quienes no puede afirmarse que hicieran gala de un humor superfluo, representan siempre al santo con aire malhumorado en la escena del nacimiento. El niño descansa en el pesebre y los animales miran hacia dentro, asombrados de encontrar allí una criatura viva y rebosante de gracia celestial, en vez de su pienso reseco. Los ángeles adoran al recién nacido, y la madre está sentada a su lado, en silencio; pero

san José se queda algo apartado y vuelve la cabeza de mala gana hacia la extraña escena.

[65] El humor es uno de los elementos del genio, pero, cuando predomina, se convierte en un simple sucedáneo de éste. Acompaña al arte en su carrera decreciente, lo va destruyendo y acaba por aniquilarlo.

[66] Sobre esto puede echar amena luz un trabajo que estamos preparando y en el cual pensamos considerar desde una perspectiva exclusivamente *ética* a todos los artistas que ya nos resulten conocidos desde otros puntos de vista, y elucidar, a partir de sus temas y del tratamiento que hubieran dado a sus obras, aquello que la época y el lugar, la nación y los maestros, así como también su propia e indestructible individualidad aportaron para hacer de ellos lo que fueron y lograr que perseverasen en lo que eran.